

# LA EQUIVOCACIÓN DE RODOLFO

Por **ENID SPARKS**

Lo que más le gustaba a Rodolfo de la huerta eran las sandías.

-¿Puedo sembrar yo también algunas semillas? -preguntó Rodolfo a la mamá una mañana de primavera cuando ella estaba sembrando sandías.

-Claro que sí -le respondió la mamá y le dio un puñado de semillas negras, lustrosas y brillantes.

Rodolfo recorrió todo el terreno buscando el mejor lugar para plantar las semillas. Por fin decidió sembrarlas hacia el sur, cerca del sandial del tío Marcelo. Las plantas de sandía del tío Marcelo ya habían nacido y estaban echando guías largas y vigorosas.

-Las sandías van a venir bien aquí -pensó Rodolfo-, porque el tío Marcelo eligió este lugar y él siempre tiene sandías más grandes que nadie.

Después que las sembró, Rodolfo iba todos los días para ver cuándo nacerían. Por fin aparecieron las jugosas hojitas y rápidamente se transformaron en plantas que empezaron a echar guías como las del tío Marcelo.

Después aparecieron flores amarillas y a los pocos días, las flores se cambiaron en bolitas verdes. Las bolitas iban creciendo y creciendo hasta que llegaron a ser grandes como pelotas.

Un día Rodolfo le preguntó a la mamá cuándo iban a madurar las sandías.

-Ya no van a demorar mucho -le respondió la mamá-. Para saber si una sandía está madura, tienes que darle un papirotazo y escuchar el sonido que hace. Una sandía madura hace un sonido "tanc", mientras que una sandía verde suena "tenc".

-¿Un sonido "tanc" cuando uno le da un papirotazo a una sandía? -preguntó lentamente Rodolfo y salió corriendo hacia el sandial. Fue probando una sandía tras otra. Por fin encontró una sandía enorme que hizo un sonido de "tanc" cuando le dio el papirotazo. "¡Esta está madura! -pensó Rodolfo muy entusiasmado-. Se la voy a llevar a mamá para darle una sorpresa".

Pero Rodolfo descubrió que no podía levantar la sandía. Trató de hacerla rodar por el suelo, pero se dio cuenta de que no podía llevarla rodando hasta la casa. Entonces se le ocurrió una idea. Corrió a la casa y trajo su carrito rojo.

Le costó mucho ponerla sobre el carrito, pero finalmente la llevó a la casa.

Cuando llegó delante del porche, llamó a la mamá:

-¡Ven a ver mi sorpresa! -le dijo.

Rodolfo esperaba que la mamá lo premiara con una sonrisa cuando viera la sandía, pero no lo hizo. En cambio, se puso seria y le preguntó:

-¿De dónde sacaste esa sandía?

-¡De mi sandial! -respondió extrañado Rodolfo-. Quería darte una sorpresa.

-Pero me temo que sea una sandía del tío Marcelo. Las tuyas todavía no están tan grandes. Debes haberla sacado de una hilera equivocada.

Rodolfo miró la sandía que tenía sobre el carrito y parpadeó. Ahora recordaba que ésta era mucho más grande que todas las demás que había probado. Y también recordó que se había alejado bastante para encontrarla.

Mirando a la madre preguntó:

-¿Qué puedo hacer? No puedo ponerla otra vez en el sandial. Ya la corté de la planta.

-Claro -le dijo la mamá-. Creo que lo único que puedes hacer es llevarla de vuelta al tío Marcelo y contarle lo que ocurrió.

Rodolfo estuvo de acuerdo y comenzó a tirar del carro hacia la casa del tío Marcelo.

Ahora parecía mucho más difícil arrastrar el carro de lo que había sido traerlo desde el sandial, pero al fin Rodolfo llegó a la casa del tío.

El tío estaba sentado en el porche.-¿Qué tienes ahí? -fueron sus palabras de saludo.

En un ratito Rodolfo le había explicado todo.

-Así que mamá dijo que debía traerla de vuelta -terminó-. Siento mucho lo que ocurrió.

El tío Marcelo miró la sandía por un instante. Luego sonriéndole a Rodolfo le dijo:

-Mira, hoy no tengo ni un poquito de ganas de comer sandía. ¿Por qué no te la llevas a tu casa y la comes? Creo que después de haberla arrastrado tanto en el carrito, la has ganado.

De pronto Rodolfo se sintió tan feliz que le pareció que podía volver corriendo a la casa con el carrito y la sandía.

- ¡Oh, gracias, tío Marcelo! -exclamó.

Por supuesto que Rodolfo no pudo volver corriendo a la casa, pero ahora le pareció mucho más liviano el carrito. Y cuando le contó a la mamá lo que el tío Marcelo le había dicho, ella puso la sandía en la nevera.

-Esta tarde vamos a darnos un festín de sandía -dijo.

Rodolfo, el papá y la mamá se dieron un verdadero festín con la enorme sandía.

-Me alegro de que el tío Marcelo me perdonó mi equivocación y me dio la sandía -le dijo Rodolfo a la mamá.

-Yo también -le respondió la madre abrazándolo-. Pero me alegro mucho más porque quisiste corregir tu error

--Siempre quiero corregir mis errores -respondió rápidamente Rodolfo.

Y luego, reflexivo, añadió-: Jesús nos ayuda a corregir nuestros errores como lo hizo el tío Marcelo ¿no es cierto?

-Claro que sí -replicó la mamá-. Y espero que recuerdes de pedirle que no sólo te ayude a corregir tus errores sino a evitarlos